



ACTO SEGUNDO

Representase en la escena la parte exterior de la vivienda de la tía Laúnta, madre del Bruno. Es la casa que había sido de los padres de Bibiana. A la derecha del espectador se ve la fachada de la casa con gran portalón, donde hay pintadas cruces de todos los colores.—En los hierros de las ventanas muchos atadijos de hierba puestos á secar. Atado al aro que sirve para tirar del portalón y cerrarlo, un gran manojo de adormideras. A un lado de la casa, y ya en escena, una enorme higuera de enana y anchísima copa. A cada lado de la puerta un banco de piedra, ya ruinoso, adosado al muro. Delante de uno de estos bancos, el opuesto al lado de la higuera, un saco extendido, y sobre él, blancas raíces, que

parecen huesos de muertos, puestas también al sol. En la parte izquierda del espectador edificios menudos que sirven para corral y almacén de paja y granos. El gran patio rústico de la escena queda cerrado en el foro por una cerca de mano de obra. Esta cerca tiene hacia el lado izquierdo una gran verja de madera tosca y sin pulir, cuyas dos hojas, chatas y enanas, se abren hacia adentro. Por esta puerta, que estará abierta, y por encima de la cerca, se ve, en el telón del fondo, el grueso del pueblo, del que se destacan casitas aisladas, rodeadas de huerta, como la de la tía Laúnta y que han de servir para que el espectador se haga cargo de la situación exacta de ésta. Por detrás de una de estas casitas aparece un camino practicable, que viene del pueblo, pasa por delante de la verja rústica y se pierde entre unas rocas, monte arriba, hacia el fondo izquierda.

Al levantarse el telón la vieja *Laúnta*, con aspecto de bruja de montaña, está en cucullas, ante las raíces extendidas sobre la tela del saco; con una mano se aguantan unas gafas enormes y con la otra revuelve las raíces.

ESCENA PRIMERA

LAÚNTA

Parecen huesos de criaturita muerta... ¡Dios te bendiga y el diablo lo diga, malvabisco blanco, sin color ni olor, te secas al sol y cchas del cuerpo el calor...

BRUNO

(Aparece en escena, cerrando bruscamente la puerta del corral. Sin reparar siquiera en su madre, con la cabeza baja y las manos puestas en los bolsillos, se llega hasta el banco de piedra que está cerca de la higuera; se deja caer en él; extiende las piernas abiertas delante de él, y apoyando los hombros en la pared, echa atrás la cabeza y se queda con la mirada perdida en el vacío.)

LAÚNTA

(Que ha seguido, desde que salió, los gestos de su hijo, se levanta y va á su lado.)

¿A media tarde buscas las estrellas, hijo?

BRUNO

Déjeme en paz, madre.

LAÚNTA

¡Paz!... ¡si pudieras tenerla con esta vida de folgar y goces que te llevas! ¿Cuántas veces te ha sacao la vieja de apuros?... ¡Pero con la Chorca ya te dije que habías hecho mal! Estarías borracho... ¿qué quieres que haga yo?

BRUNO

No me hable de ella, madre, que me cansa.

LAÚNTA

¡Pimpollito!... ¡hombres, hombres! ¡Lo que son! ¡sahumerio en ellos!... Pues ¿de quién he de

hablarte?... ¿De Rebeca todavía?
 ¿No ha servido la Chorca para que
 la olvidaras? ¿Tanto la quieres?
 ¿No hace tres meses ya que estás
 por ella?

BRUNO

¡Una eternidad me parecen, si
 cuento los desprecios que llevo re-
 cibidos!

LAÚNTA

Ha estado hoy aquí...

BRUNO (con interés.)

¿Quién, Rebeca? ¿y qué ha di-
 cho?

LAÚNTA

Mal sahumero, niño, y ni la raíz
 aprovechable de lo que me ha di-
 cho... Que dale y que vuelta y que
 hoy no vayas por su casa que
 estará en la huerta... Por respeto
 al padre te admite el cortejo, pero,
 de bajo mano, trata de cansarte
 y que la dejes... ¡ay mujer, mujer,
 cabrita loca, que un rayo de luna
 te ve blanca y otro azul, sahumero
 en ti!

BRUNO

Nadie me quita de la cabeza que
 todavía de estos desprecios tiene
 la culpa ése.

LAÚNTA

¿El Rojo?

BRUNO

El Rojo.

LAÚNTA

Aun te veo entrar y echarte en
 ese mismo banco el día que le
 viste por los prados hablando con
 Rebeca.

BRUNO

La muerte le deseo desde enton-
 ces.

LAÚNTA

¿Y pensar que el Zoilo en dos
 semanas no ha sabido quitárnoslo
 de en medio? ¡Quién había de
 imaginárselo!

BRUNO

Dice que su corazón no ve á
 claras todavía, y que el corazón no
 engaña. ¡Bruto!

LAÚNTA

¡Borde!... pues ¿por qué no cree
 lo que le dices tú?... ¡Cuando
 pienso lo que mos ha costao lo-
 grar que todo el pueblo se armara
 contra el Rojo!

BRUNO

¡Qué tarde! Con la nieve que
 caía, los hombres armaos, los es-
 copetones cargaos de muerte hasta
 las bocas, las sombras envolvién-
 donos á todos, y todos á la caza

de él, prados allá, junto á las ruinas...

LAÚNTA

¡Pero bien que os escapó!...
¡Sahumerio malo! Por desconfío que fuiste. Si me hablas á mí de ello te doy unas hierbas...

BRUNO

Déjeme en paz, madre, con sus hierbas. Al fin y al cabo, mejor que el Rojo se haya escapao del pueblo para siempre. Hasta muerto me estorbaba aquí.—Pero esta calma y estos desprecios de Rebeca me hacen pensar mal... El Rojo no escapó aquel día... El Rojo está en el pueblo todavía... Lo siento, lo huelo, madre, y...

LAÚNTA

No te apures, hijo, que están al caer las cinco horas, y en cuanto el sol se ponga haré la prueba de la salamandra. Si está aquí el Rojo, lo sabremos, y ¡sahumerio en él!

BRUNO (mal humorado.)

Vaya, madre, en paz, y haga la prueba como quiera. Está usted loca, y con usted no puedo hablar.

LAÚNTA (se entra en la casa.)

¡Loca, loca, la llamas tñ á la

ciencia mía que tiene al mundo cogido por las entrañas y al hombre por los pies! ¡Loca, porque adivino el pensamiento, curo las enfermedades y aplaco el deseo! ¡Loca porque creo en hierbas! ¡Loca, loca! (Tiene una risa de diabólica ironía. Van llegando por el camino las muchachas y comadres del pueblo que vienen á tener su tertulia. El reloj lejano da horas.) Las cinco horas ya. ¡Y allá vienen los muchachos y comadres! (Se sienta bajo la higuera, se coloca las gafas en los ojos, saca de su refajo de bayeta un ovillo, en que hay agujas de hacer media y una media comenzada. Se pone á trabajar tranquilamente.) Va á empezar la prueba de la salamandra.

ESCENA II

RITA (llegando la primera.)

Buenas tardes, madre Laúnta.
¿Qué se cuenta?

LAÚNTA

Contar poco cuando llegas tú, porque en diciendo que se ha dicho que como tú no hay dos, ya está echada la cuenta. Siéntate, que hay sitio.

COMADRE 1.ª

Buenas tardes... ¿Trabajando?

LAÚNTA

¡Qué ha de hacerse!

COMADRES 2.^a y 3.^a

Con Dios estén, si nos reciben bien.

LAÚNTA

Váyanse al diablo si vienen por malo. ¿Qué contáis?

(Llegan otras muchachas y comadres, y todas se acomodan en torno de la vieja.)

COMADRE 3.^a

Casi nada.

COMADRE 2.^a

Eso tú, que tienes novedades.

LAÚNTA

¿Nuevo en casa? En casa de la miseria toda novedad es vieja, niña. Que sufro como siempre, que trabajo como siempre y no me luce como nunca.

RITA

¿Es verdad que Bruno se casa?

LAÚNTA

¿Con quién?

RITA

Con Rebeca, la hija del tío Elías el alcalde.

LAÚNTA

Bruno no me lo ha dicho. Yo

no he podido decirlo. Al tío Elías no le oigo chistar.

COMADRE 1.^a

Lo habrá dicho la misma Rebeca.

LAÚNTA

Pues ella sabrá. Nosotros somos pobres. El tío Elías rico; pero si Rebeca lo dice... razones tendrá para ello... Hay casos en que para emparentar no deben mirarse las riquezas.

RITA

¡Buena está Rebeca!

LAÚNTA

¡Y mejor asadica que cruda! ¡Miren la amiguita! ¡Abonico, que habla Rita! Y no tiene malicia... Cuando me entieren que te avisen, que has de ayudar afina á que me echen tierra encima. De vieja tendrás doblones, que de joven empiezas las murmuraciones.

COMADRE 1.^a

Si á murmurar tocan, yo repico.

COMADRE 2.^a

¿Qué sabes?

COMADRE 1.^a

Del Rojo.

UNIVERSIDAD DE NARIÑO LE
 BIBLIOTECA UNIV.
 ALBONICO
 1975 MONTREUIL, H.

COMADRES 2.^a y 3.^a

¿Qué?

COMADRE 1.^a (bajando la voz.)

Que no se escapó aquella noche ;
que está aquí, en el pueblo, es-
condido.

RITA

¿Dónde?

COMADRE 1.^a (Pausa, segura del efecto.)

En casa de la Chorca.

VARIAS VOCES (con sorpresa indignada,
sordamente.)

¡Oh!...

LAÚNTA (irguiéndose en pie, como ha-
blando con un personaje invisible.)

Salamandra de nieve y de fuego
cuando te haga señal con el dedo
pasarás silbando
me dices qué quiero ;
te diré : ¡un milagro!
Adiós salamandra roja
que un ángel bueno te acoja
que te lleve volando
á la región del rayo.
Si yo pudiera, podría,
y hasta ella te llevaría
porque me has escuchado
y sé lo que no sabía
y tengo lo que pedía
y en la mano me has puesto el
milagro.

COMADRE 1.^a

¿Qué dice?

RITA

Calle, madre Laúnta, y no diga
esas cosas que dan miedo.

COMADRE 2.^a

Atienda aquí lo que explica la
comadre.

LAÚNTA

Ya, ya he oído, hijicas, y por
eso rezaba justamente.

RITA

¿Eso es un rezo?

LAÚNTA

Por la pobre Chorca, que me da
compasión de ver dónde ha caído...

COMADRE 1.^a

Yo lo supe ayer por mi hija, que
ya es mayorcita, y como iba por
las tardes con otras chiquillas á
jugar y dar saltos con la Chorca...
se enteró de todo. Ya le he prohi-
bido que subiera.

COMADRE 2.^a

Por eso habré oído decir hoy en
la esquina que si baja la Chorca
al pueblo la apedrean...

LAÚNTA

No sabéis los castigos que des-

encadena en un pueblo esas vergüenzas ...

RITA

¿Y Rebeca, que defiende al Rojo?

LAÚNTA

No le mientes, niña; Dios bendiga tus labios, que trae malas.

COMADRE 2.^a

Ya sabía lo de apedrearla también; pero se me pasó el por qué...

COMADRE 3.^a

La culpa de todo la tiene ahora el Zoilo.—Cuando á un hombre le pasa lo que á él, hace lo que debe, y en paz.

LAÚNTA

Así es, y muerto el perro se acabó la rabia. Cuando se echan los diablos del cuerpo, después se corta un ajo á pedacitos y en él se trincha el mal espíritu. Y así es todo. No se acaba nada en este mundo si no es con la muerte.

RITA

Todo se le acaba al Zoilo con engurruñirse y echar pestes.

COMADRE 1.^a

Decían si sospechaba de otros que del Rojo. ¿Es verdad eso, madre Laúnta?

LAÚNTA

¡Qué sé yo, qué sé yo, hijica! Lo que digo es que si el Zoilo piensa dejar que pase mucho tiempo sin dar castigo al que lo tiene merecido, hará bien en sospechar de todos los mozos del pueblo. Lo que el Rojo ha podido, otros lo podrán. Cuanto más, que mocedad no exige.

RITA

Yo no comprendo cómo quieren á la Chorca... ¿verdad, madre? Me gustaría saber cómo se las compone.

LAÚNTA

Si quieres se lo preguntaremos á la salamandra.

RITA

Una tarde: ¿querrá, madre?

COMADRE 2.^a

Ahora que pienso, yo me voy á casa: no quiero tampoco que mi chiquillo suba esta tarde á jugar con la Chorca.

COMADRE 3.^a

Cuanto más que el pueblo anda revuelto, y no mirará nada si ha de apedrearla.

(Se levantan.)

LAÚNTA

¿Vos vais ya?... Como queráis...
 Bien hecho. Si hay marea ó el
 cierzo sopla, que en casa nos coja.
 —Bien hecho.—Yo no auguro
 nada bueno.

RITA (se levanta.)

Yo me voy á contárselo á Alejo,
 que no sabe...

LAÚNTA

¿Cuándo es la boda, Rita?

RITA

De noche, mejor que de día.—
 ¡Qué se yo!

LAÚNTA

Adiós, chivita blanca.

VARIAS VOCES

¡Adiós!

(Se van las conadres, el sol se pone rojo
 por detrás del monte. Queda la bruja en-
 simismada y como meditando. Se levanta
 y da algunos pasos meneando la ca-
 beza.)

LAÚNTA

No, no auguro nada bueno...
 Dos enemigos que van juntos
 pueden más que ciento en discor-
 dia... Me parece, hijo mío, que
 estás en un mal paso... Pero tu
 madre vela... (Mirando el ocaso.)
 El sol se pone: es hora de ir á

por mis hierbas. Ellas me inspira-
 rán.

(Coge un saco que habrá junto á la higue-
 ra y lo echa á su espalda. Echa á andar
 encorvada y buscando en el suelo.)

Caminito, camino,
 por donde Dios nos vino,
 si Dios resucitara,
 te alfombrarían hojas de dulce-
 mara.

¡Míralas! (Cogiendo una planta y
 guardándola en el saco.) ¡Bendito po-
 der! Buenas para el dolor, para el
 mal de montaña, el reguma, el
 asma, el mal respiro, los ahogos
 y las punzadas en el pecho.

Si el enemigo viene
 ¿qué poder le detiene?
 Al trébol de cuatro hojas
 rézale y no le cojas.
 Cuando te rezo te digo
 líbrame de mi enemigo,
 y si son dos
 que los separe Dios.

(Vuelve sobre sus pasos.)

No me atrevo á aluñarme. Haré
 falta en casa.

(Buscando junto á la tapia del corral, en
 el suelo.)

Para el dolor sin cura
 que no da calentura
 y quiebra la color,
 para el dolor mayor,

dolorcito de amor
¿qué hierba es la mejor?
¡menta borde y malva en flor!

(En el momento en que desaparece detrás del corral, desciende el *Rojo* por el camino de la montaña, fondo izquierda. Contempla melancólicamente aquellas tierras y la casa, que debieran ser suyas; entra con pausa en la escena, y dirigiéndose a la vieja *Laúnta*, dice:)

ESCENA III

ROJO

Buenas tardes, madre *Laúnta*.

LAUNTA (con sobresalto y saliendo otra vez.)

¡Ay!... ¡él!

ROJO

No se asuste, vieja. ¿Está Bruno?

LAUNTA

¿Qué le quieres?

ROJO

¿Está?

LAUNTA

Estaba ha poco; verle, no le veo ahora. El sol se ha puesto. La puerta está cerrada. Las adormideras han bajado la cabeza. Si está, no le busques para mal; si

no está, vé en paz. Así escuches lo que te dice esta vieja, que no te quiere mal, y si vienes con mal fin, que te ardan las plantas del camino.

ROJO

¿Qué mal me ha hecho Bruno, madre *Laúnta*? ¿Por qué quiere usted que venga con mal fin? Deseo hablarle, y nada más.

(Se abre la puerta de la casa y sale *Bruno* mal humorado. Va a sentarse de nuevo en el banco, y reparando en su madre y el *Rojo*, detiene muy contrariado su acción, para preguntar:)

BRUNO

¿Qué buscas aquí, Pedro?

ROJO (tranquilo.)

A ti te busco.

BRUNO

¿Qué me quieres?

ROJO

Hablarte.

BRUNO

Ahora salía hacia el pueblo. Tengo poco tiempo; si te acomoda, hablemos; si quieres acompañarme, vamos.

ROJO

Prefiero hablarte aquí. Ya sabes que no puedo acompañarte al pueblo.

BRUNO

Tengo poco tiempo.

ROJO

Hablaré poco.

BRUNO

Como quieras.

(Se sienta en el banco.)

EL ROJO (á la vieja.)

Se estimará, madre Laúnta, que en considerando que nos alargamos á hablar demasiao, venga á avisarnos.

BRUNO

Puedes hablar delante de ella: mi madre está al tanto de lo mío.

ROJO

De lo mío no, y de eso vengo á hablarte.

LAUNTA (marchándose.)

Dios vos tenga las lenguas por el freno, que sois mozos, y así no echéis en falta la calma y la experiencia de los viejos. Afuera me voy, poco puedo con vosotros. No vos libráis de mí, que en todos estos sitios tengo el ánima...

(Sinuosamente sale por la puerta que conduce al corral.)

ESCENA IV

BRUNO

¿Qué quieres?

ROJO

No he bajado al pueblo desde la noche en que salí escapado de vosotros. Ha cumplido una semana. Tal vez te extrañe verme aquí. Me creías lejos.

BRUNO

Te creía lejos. No comprendo qué interés tengas en quedarte donde no te quieren.

ROJO

¿Interés?... Vas á saberlo. Salí huyendo aquella noche por guardar á mi madre. Pero con sus años á costas la pobre, llegó mal á lo alto del camino. Pensé que moriría... Allá arriba, arriba—ya lo sabes,—tiene la Chorca las cuatro paredes de su casa... Jadeaba mi madre, pasando por allí, y cayó en la nieve como muerta... Una sola vez di con la mano en las tablas raídas, y se abrió la puerta. Ni una palabra necesité decir para que la Chorca nos socorriera... Entre ella y yo llevamos á mi ma-

dre hasta su cama misma. La dió á beber caliente... La veló dos noches... y la tengo viva. Ayer dejó mi madre la cama. La Chorca es buena.

BRUNO

La Chorca es, en el fondo, buena. Nadie lo niega.

ROJO

Me alegro de oírte hablar así...

BRUNO

Lo he pensado siempre.

ROJO

Me alegro... porque ahorraremos palabras y nos entenderemos antes.

BRUNO

Tú dirás.

ROJO

En los días que he tenido que parar allí por la enfermedad de mi madre, oyendo á unos y á otros, me he puesto al tanto de todo, Bruno. (El Rojo mira á Bruno, éste calla, comenzando á llenar una pipa.) Sé lo que dicen de mí; sé lo que dicen de ella, y he visto la desgracia de la Chorca.

BRUNO (afectando indiferencia.)

¿Sí?

ROJO

Sí, Bruno, y á eso vengo. Ya tú ves: á la Chorca hoy le debo la vida de mi madre... Cuanto haga yo por ella será poco... No digo este paso, los de una pasión entera daría á gusto por arremendarle sus miserias.

BRUNO

¿Le estás agradecido?

ROJO

Sí.

(Callan. El Rojo, examinando á Bruno y como esperando un arranque. El Bruno acaba de cargar su pipa, y la enciende.)

BRUNO (con cinismo frío.)

¿Y qué piensas hacer?

ROJO

¿Yo?

BRUNO

Naturalmente: ¿no eres tú que le estás agradecido?

ROJO

Pero ¿no te he dicho que conozco la desgracia de la Chorca? ¿No le ves dar un rodeo, cada vez que va al monte, para no pasar por el Rondo de los Pinos?

BRUNO

¿Y qué?

ROJO

¡Bruno!

BRUNO

¿O es que yo puedo algo? ¿O es que tú y la Chorca os habéis entendido para venir á sembrar discordias en mi vida?—La Chorca está conmigo á malas desde que sabe que le he aconsejado al Zoilo que la desprecie... Tú no puedes verme porque dices que te he quitado la hacienda de tu madre. Cualquiera embuste lo espero de vosotros... Di ¿qué habéis urdido?

ROJO

Bruno: es inútil que lo niegues; á la Chorca la encontraron con la frente herida en el Rondo de los Pinos.

BRUNO

¿Y qué?

ROJO

Que aquella tarde sólo pasaron por aquella soledad dos hombres: yo, que fui á buscarte, y tú, que estabas allí como era tu costumbre cada día: tu madre me lo dijo.

BRUNO

¿Qué sabe mi madre de mis pasos? Además, á ti te vió Zoilo que huías, y á mí nadie me vió. Además, la Chorca te guarda en su casa, y á mí no viene á verme.

ROJO

Porque te conoce y no ffa de ti; pero yo vengo por ella; ¡remedia lo que hiciste, Bruno, y cástate con la infeliz!

BRUNO

¡Yo casarme con la Chorca! ¿porque le ha salvao la vida á tu madre?

ROJO

No, porque la has perdido... y por obligación que tienes: será madre.

BRUNO

Lo que tú buscas es librarte de la culpa, haciéndome cargar con ella. Pero yo te conozco... y hemos acabado.

ROJO (conteniéndole.)

No hemos acabado, Bruno. La Chorca está muriendo de pasión de ánimo. Pensar que el Zoilo la mire otra vez, es hacer sueños. Hoy ha bajado al pueblo, y acaso la golpeen; seguir viviendo así, no puede.—Bruno: tráela aquí y hazla tu mujer, y vive en paz en esta casa, que es tuya, con ella y con sus hijos.—No ha de estorbártelo Pedro, el Rojo, ni su madre viejecita: allá arriba se quedarán

en las cuatro paredes de la Chorca, sin bajar al pueblo nunca, y sin envenenarle á nadie la alegría. Ricos no seremos, pero le habremos pagao á la Chorca nuestra deuda...

BRUNO

De este modo cualquiera es generoso. Os quitáis á la Chorca de en medio y es quedáis con su casa, que algo vale todavía. ¿Sabes que si cuento esto en la taberna habrá risa para horas?

ROJO

En la taberna, sí.

BRUNO (con risa forzada.)

No, y aquí también... Déjeme que me ría. Estás equivocado, Pedro, estás equivocado también ahora... y á fe que lo siento.

ROJO

¿De modo que te niegas?

BRUNO

Ni te escucho.

ROJO

¿Y no quieres saber nada de la Chorca?

BRUNO

¿Qué tengo yo que ver con ella?

ROJO

¿Y piensas vivir en paz?

BRUNO

Lo espero. Voy á casarme.

ROJO

¿Tendrás alma?... ¿y habrá quien te quiera?

BRUNO

La hay.

ROJO

No le conozco la cara á tu feytejo, ni me importa. Será ruin ó pomposa, que es igual. Pero el corazón lo tendrá de mármol, la voluntad torcida y con ñudos, como los carrascos viejos; el alma negra, como la noche, y en los ojos le han de hervir los malos deseos, como los miasmas de las aguas corrompidas.

BRUNO

Es Rebeca, la hija del tío Elías.

ROJO (levantándose demudado.)

¡Rebeca!...

BRUNO (levantándose también.)

¡Sí, Rebeca!... ¿Qué te pasa?

ROJO (esforzándose por recobrarle. Se apoya en el quicio de la puerta.)

Nada.

BRUNO (con aire de cínica confidencia.)

Estando que estés arriba, si la Chorca vuelve del pueblo con vida, le das la noticia de mi casamiento, nada más que porque, siendo casi vecinos, me parece mal que no lo sepa. Si quieres hacerle bien, á mí, no me hables de ella nunca, que es peor. (Con intención.) El pueblo te señala á ti con el dedo cuando habla de la Chorca, y lo que hay en el pueblo Dios lo ha puesto. ¿No hablas de ser generoso?... Pues ya te he dado un camino, y no te pido las gracias... No te digo que la Chorca sea la mejor moza del pueblo, pero... tal vez si te pones á escoger... las otras no querrán...

(El Rojo hace un gesto de abatimiento; luego calla, reflexivo.)

BRUNO (cogiendo una manta y echándose la al cuello. Finaliza el crepúsculo.)

¿Salimos?... ¿Te has quedado pensativo?

ROJO

¿Tú vas á casarte con Rebeca?

BRUNO (dándole un golpe en el hombro.)

Yo sé vivir... ¡y puedo escoger! (Suena á lo lejos, pero aproximándose, una sorda gritería.) ¿Eh?... ¿qué es esto?... ¿qué voces son éstas?

ESCENA V

(Crece, aproximándose, la gritería. Se abre la puertecita del corral y sale alarmada la vieja Laúnta.)

LAÚNTA

¿Dónde son los gritos, hijo?
¡Sobresalto como el mío! ¡Con sangre te he visto, mal sahumero!

BRUNO

Ello viene por el camino del pueblo.

(El Rojo, que, cuando las últimas palabras del diálogo estaba junto á la puerta de la casa, se queda en el dintel á ver qué sucede.—Laúnta y Bruno van hacia el fondo para oír mejor.)

LAÚNTA

¿Apostamos que persiguen á la Chorca?

BRUNO

Me lo temí. Cuando el Rojo me ha dicho que esta tarde había bajado la Chorca al pueblo, me lo temí.

LAÚNTA

¿Que ha bajado al pueblo? ¡mal sahumero en ella! le está bien.—Aparta, hijo, y vámonos á casa, que en pasando, según como vaya, puede hablar y darte un disgusto...

Entremos dentro, y séannos guardianas las adormideras de oro.

(Hacen el gesto de retirarse. Suena á lo lejos una voz.)

UNA VOZ

¡Bruno! ¡Bruno!

BRUNO (deteniéndose.)

¿Quién me llama?

LAUNTA (mirando á punto de escapar desde la puerta del corral.)

Alguien que viene corriendo: ya está aquí; una mujer.

BRUNO (viendo á la que llega sin aliento.)

¡Rebeca!

ESCENA VI

(*Rebeca* llega medio muerta, el *Bruno* la aguanta, sujetándola por los brazos, para que no caiga; ella le pone una mano en el hombro, y con gran angustia dice:)

REBECA

Bruno: te lo pido yo. Seré buena contigo, creeré á mi padre; pero sálvala.

ROJO (retrocediendo al verla.)

¡Ella!

BRUNO

(Siempre en el fondo, sintiendo en aquel punto que *Rebeca* está á merced de él.)

¡Rebeca, Rebeca mía! (Quiere abrazarla.)

REBECA (dejándose coger los hombros.)

¡Pero sálvala...! Da compasión... A ti te respetarán; ¡diles, cuando pasen, que la dejen; ciérrales la puerta...! Le sangran los pies y deja el camino ensangrentado... ¡Pobre criatura! ¡sálvala, Bruno, sálvala!

(La gritería se acerca y se hace imponente. El *Rojo* ve á *Bruno* que tiene á *Rebeca* poco menos que abrazada; ésta está de espaldas señalando á *Bruno* desde la verja el camino por donde llega la turba, persiguiendo á la *Chorca*.)

ROJO

¡Rebeca...! ¡ah...! ¡me la han robao también!

(Se esconde la cara con las manos, luego hace un movimiento de hombros y va á avanzar resueltamente hacia *Bruno*. Es tarde. La *Chorca*, desgredada, con los pies sangrando y la cara descompuesta, viene por el camino; su mirada en delirio ve la puerta abierta, y entra en escena, dejándose caer rendida junto al tronco de la higuera. *Rebeca*, cuando la ve dentro, se abalanza á la verja cerrándola; *Bruno* quiere impedirselo; ella dice:)

REBECA

¡Déjame! ¡Seré tuya, Bruno!
¡Me casaré contigo!

(Llega la turba, que sacude furiosamente la verja. Se pegan á ella *Damián*, el pastor, y la *Mujerota*. Los demás gritan detrás; á algunos que están tras la cerca de obra no se les ve. *Bruno* y *Rebeca* han pasado detrás del tronco de la higuera: *Rebeca* acaricia á la *Chorca*, que la tiene cogidas las rodillas. *Lauinta* busca refugio dentro de la casa. Desde este momento el *Rojo*, al que no ven *Bruno* ni *Rebeca*, que le dan la espalda, toma su partido y aguenta una lucha interior que termina en el arranque final.)

ESCENA VII

LA CHORCA

¡Ah de la buena casa, que de noche y de día la guarden de brujería Dios y la Virgen María! Si dormida pequé y en las piedras caí, apartaos de mí y del mal que vos daré. ¡Apartad, apartad, apartad! Buscaré una casa sola; serviré en la casa sola; con ceniza en la frente, con ceniza en la boca; las trenzas cortadas, las manos atadas, las sayas de esparto aferradas: que jamás hombre me mire, que mi sangre se cuaje y retire, dejad á la *Chorca*, que al llegar le cerraron la puerta, y en el frío de afuera está sola, y está muerta, está muerta, está muerta:

no vos oigo, pasad, apartad, apartad, apartad...

DAMIAN, *el pastor* (avanzando á ella resuelto.)

¡Como me llamo Damián, que no te entiendo, *Chorca*!... ¿Qué mal quiero hacerte?... Miradvos la mujer que ayer puso carrillo á que lo besara el primero que venía, y hoy escapa de nosotros y se rompe los pies en el camino porque la queremos.

LA MUJEROTA

¡Arrastradla y que venga! ¿Qué imagina? ¿Qué han de echarse á vuelo las campanas cuando la besé un hombre? ¡Con flores te golpearán hasta pasar la puerta, y en pasándola, con piedras! ¡Bebe del agua buena, pero no llores si te envenena!... ¡Todavía antiyer me volviste la cara en una esquina! Aquí, cordera; cuando quieras pan lo comerás en mi mesa. ¡A gritos llamadla, y si no viene, arrastradla!

VOCES

¡Echad la puerta!

LA CHORCA

Apartad, apartad.

BIBLIOTECA UNIV. DE SAN
 ALFONSO DE LEÓN
 AVDO. LEÓN MONTAÑA, MEXICO

DAMIÁN

Si por codicia estás, no esté la Chorca. Sé tu miseria y lo que vales. Te daré dos chivos del año, un pañuelo blanco con adornos en las puntas que me trajo mi madre de la villa, y una moneda en plata, blanca y fina, que brilla como un sol.

LA CHORCA

Apartad... dejadme.

SAMUEL (encaramándose á la tapia.)

Déjame; yo me encargo de ella. Si á las buenas no vienes, la Chorca, vendrás á las malas.

DAMIÁN

Reirás hasta morirte, si nos sigues.

LA MUJEROTA

Ha de seguirus.

LA CHORCA

Apartad.

LA MUJEROTA

Pero ¿qué hacéis, hombres? ¿os espanta? ¿ó le tenéis miedo al Rojo? ¿no véis que os la abandona?

DAMIÁN

¿Nos sigues, la Chorca? Por última vez, ¿nos sigues?

LA CHORCA

Que no; matadme, si queréis.

LA MUJEROTA

Andando, que es del que la arrastre.

VOCES

¡Conmigo la Chorca!

SAMUEL

Todos atrás, ¡que yo la quiero!

(Salta á escena: los demás abren la verja violentamente y le imitan; la Chorca se arrebujá hundiéndose en la puerta; el Rojo sale del quicio, lívido, y le corta el camino á Samuel.)

ROJO

¡En el nombre de Dios, Samuel, déjala en paz!

SAMUEL (retrocediendo con asombro)

¡El Rojo!

REBECA (que ha venido espantada también á primer término con Bruno.)

¡El Rojo!

BRUNO (á Rebeca.)

¿Ves por qué no la defiende? Vamos.

REBECA (con creciente interés.)
No, espera.

LA MUJEROTA

¡Decidle al Rojo que ningún derecho tiene para defenderla!

ROJO (Ahora es él quien da la espalda.)
¿Qué?...

LA MUJEROTA

¡No, ninguno! El tiempo te ha pasado. Ni os han tocado á bodas; ni la has tenido en casa; ni le has dejado tu bastón para que descanse, ni tu manta para que se abrigue. Un perro tuyo llevaría tu collar. ¡No le escuchéis! ¡que la haga suya si la quiere defender!

SAMUEL (volviendo á avanzar.)

¡Tiene razón! ¡La Chorca es nuestra! ¡A ella! ¡A ella!

ROJO

¡Atrás he dicho! (Todos se detienen.) ¡En el nombre de Dios, que lo ha querido, levántate, la Chorca!

(La ayuda.)

(Volviéndose á mirar al grupo y hñándose en la *Mujerota*, principalmente. El *Bruno* ríe irónicamente. *Rebeca* sigue con ansiedad y angustia lo que pasa.)

¡Y escuchadme todos! Toma:

que el camino hasta tu casa es arisco y duro y apoyando el cuerpo en él, encontrarás descanso. (Le da su bastón.) A la revuelta del sendero, monte arriba, sopla el cierzo de los altos. Pongo mi manta en tus hombros y te abrigarás con ella cuando sientas frío, la Chorca. (Lo hace.) Ahora anda sin miedo, y yo á tu lado. Abridnos paso y, cuenta que al pasar, porque ya es mía, le taparé la boca con mis puños al que hable mal de la Chorca.

(La toma por el brazo; ella, con la cabeza inclinada, se deja llevar. La gente murmura, le abre paso, luego les sigue hasta el comiezo del camino, donde queda armando bulla.)

ESCENA VIII

(*Rebeca* tiene convulsiones de sollozos.)

BRUNO (yendo á ella.)

¡Cordera!...

REBECA

Déjame...

(Rompe á sollozar, y avergonzada, huye por el fondo hasta reunirse con la turba, gritando.)

¡Pedro, Pedro, Pedro! (Cada vez más débil.)

BRUNO

(Vuelve la espalda, y amenazando con el puño cerrado á los que suben por el monte, dice.)

¡Ay! ¡Ahora más que nunca, Rojo, rojo he de verte!

(Al volverse hacia su casa tropieza con Zoilo, que se destaca como una sombra de detrás del tronco de la higuera.)

BRUNO

¡El Zoilo!... ¡éste me salva!
(Al Zoilo.) ¿Tú aquí, Zoilo?

ZOILO

Desde que entraron.

BRUNO

¿Y qué?

ZOILO

Que el corazón no engaña.

BRUNO

Pero si te duermes, Zoilo, será tarde luego; dale tiempo al Rojo y casará con ella... y la pierdes para siempre. ¡Contra! De aquí á poco hay tala en los bosques de Fermín.

ZOILO

¡Contra! que iremos todos... y

que á la tala de los bosques de Fermín se va con hacha.

(Se aleja, andando torpemente. Bruno se vuelve á mirarle. Sueña aún gritaría á lo lejos.)

TELÓN